

Cien años de gloria

Eleanor Calvo Martínez
Periodista independiente
La Habana, Cuba



La autora en el Salón de Negros y Negras ilustres de Cuba

Si sólo mencionamos a Ignacio de Loyola, Ignacio Villa o Faustino Oramas, tal vez muchas personas no reconozcan los genios que están detrás de esos nombres, pero si decimos Arsenio Rodríguez, Bola de Nieve y El Guayabero comenzarán a aflorar esas inigualables historias de vida, talento y creación con que estos geniales cubanos llenaron páginas imborrables para la cultura nacional.

Quiso el azar que el año 1911 viera nacer en distintos puntos de la Isla a estos hombres

que, desde su sencillez y humildad y a fuerza de talento y dedicación, se convirtieron en paradigmas de la más genuina música cubana.

El ciego maravilloso

Solo por haber compuesto canciones como *La vida es un sueño*; *Bruca manigua*; *Mami, me gustó*; *El reloj de Pastora*, *Fuego en el 23* y *Tribilin cantore* tiene reservado un lugar cimero en la música popular cubana.



Arsenio Rodríguez

Los aportes e innovaciones de este excepcional compositor e intérprete nacido en Güira de Macurijes (Matanzas), el 30 de agosto de 1911, lo convierten en el precursor y referente de lo más auténtico y moderno de la música bailable.

Arsenio, uno de los más virtuosos intérpretes del tradicional instrumento de cuerdas conocido como el tres cubano, quedó ciego de niño por accidente, tragedia que marcó toda su vida, pero no le impidió desarrollar su talento musical con trascendentales contribuciones al son montuno y la orquestal tradicional, a la cual incorporó las congas o tumbadoras, el piano y tres trompetas para crear el conjunto moderno y, sin saberlo, conformar la base estructural de lo que hoy conocemos como salsa.

Este compositor de más de doscientas canciones llenas de criollismo, humor y doble sentido fue un líder musical por excelencia.

Entre los músicos que lo acompañaron a lo largo de su trayectoria se destacan los grandes pianistas Rubén González (una de las estrellas del proyecto Buena Vista Social Club en la década de los noventa), Luis “Lily” Martínez, los trompetistas Félix Chapolín y Chocolate Armenteros y los percusionistas Papa Kila, Chano Pozo y Machito.

A principios de la década de 1950, Arsenio marchó a los Estados Unidos con el objetivo de cumplir su sueño de recuperar la visión. El diagnóstico negativo provocó profundo dolor, pero continuó su carrera en Norteamérica con importantes grabaciones y actuaciones hasta su muerte, en Los Ángeles (California), el 30 de diciembre de 1970.

Este ciego maravilloso dejó un legado imperecedero para el enriquecimiento y desarrollo de la música popular bailable, que conserva total vigencia y se refleja en la obra



Bola de Nieve

de los más destacados cultivadores de la salsa en la actualidad. Muchos exponentes de la llamada música latina se declaran herederos de su legado. Siempre que el formato de conjunto hace las delicias de los bailadores en cualquier rincón del planeta o el imprescindible “tumbao” del piano conmueve a los amantes de lo más genuino de la música afrocubana, se hace presente aquel creador excepcional, que no necesitó volver a ver para escribir hermosas páginas en la historia musical del siglo XX.

Monsieur Bola

Cuenta la leyenda familiar que su abuela “Mamaquina” lo impulsó al estudio de la música, porque así lo habían indicado sus santos. Bola de Nieve, como se le conoció en el ámbito artístico, inició una carrera que lo llevó a pasearse con su carisma inigualable y lo que llamó voz de manguero (vendedor ambulante de frutas) por los más encumbrados escenarios.

Nacido en la villa habanera de Guanabacoa, el 11 de septiembre de 1911, miembro de una numerosa familia, el pequeño Ignacio ingresó en el conservatorio Mateu a los ocho años. Se hizo maestro de profesión y desde muy joven actuó como suplente en escenarios ocasionales o en cines de barrio como acompañante de las películas silentes.

Con la banda de Gilberto Valdés principió su carrera artística a principios de los años treinta. El genio y carisma del joven músico impresionó a la mismísima Rita Montaner, quien lo contrató como pianista acompañante. Junto a la diva viajó a México, donde cosechó grandes éxitos. Allí comenzó su fructífera carrera internacional y se patentizó su original estilo y gran talento, así como el apodo que Rita le había puesto. Bola de Nieve anduvo por Estados Unidos, Europa, Rusia, China, Corea y toda América Latina; compartió escenarios y grabaciones con figuras tan relevantes como Conchita Piquer, Teddy Wilson, Art Dayton, Lena Horne, Barroso y Dorival Caymmi, la cubana Esther Borja y la argentina Libertad Lamarque.

De enorme trascendencia fue su colaboración musical con el gran genio Ernesto Lecuona, también natural de Guanabacoa, con quien recorrió varios países e interpretó temas del calibre de *El cabildo de María la O* y *Como arrullo de palmas*. Bola de Nieve grabó varios discos con las compañías RCA Víctor mexicana y cubana, Montilla de España y la Egrem cubana. Después de su muerte, la mexicana Fotón y la catalana Discmedi sacaron grabaciones suyas. Así mismo intervino en varias películas.

Mama Inés, La flor de la canela, Monsieur Julián, Vete de mí o Si me pudieras querer fueron algunas de las magistrales e irrepetibles interpretaciones que convirtieron a Bola en ícono de la cultura nacional. Durante la déca-

da de los años sesenta, sin hacer las altisonantes manifestaciones de fidelidad política tan naturales en esa época, Bola fue respetado por el gobierno comunista y se convirtió en el artista cubano que más viajó al extranjero en ese tiempo convulso. Deteriorada su salud por la diabetes y el asma, sin haber dejado nunca de trabajar, le sorprendió la muerte en su querida Ciudad de México, el 2 de octubre de 1971.

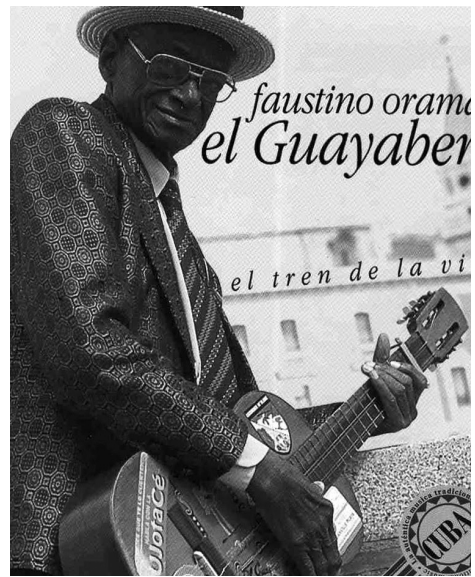
Cien años después de su nacimiento y treinta años después de su muerte Bola de Nieve, el único, el inimitable, continúa presente con su caballerosidad, talento y carisma en el corazón y el recuerdo de quienes lo admiraron y lo reconocen como genio.

El rey del doble sentido

El gracejo y la picardía popular ha tenido un rostro y una voz durante muchas décadas: Faustino Oramas Osorio, quien nació en Holguín, el 4 de junio de 1911. Singular intérprete del tres cubano se consagró con sus estrofas llenas de humor y doble sentido como auténtico y venerado juglar del rico panorama trovadoresco cubano.

Inició su carrera en el septeto *Tropical*, que dirigía el músico Benigno Mesa, para luego formar su propio conjunto, que lo acompañó en todas sus actuaciones en Cuba, México y España. Con su traje o guayabera blanca y su antiguo e imprescindible sombrero de pajilla cultivó el más genuino son montuno y deleitó a todos los públicos con versos hilarantes llenos de gracia y sencillez, en los cuales recreaba relatos picarescos colmados de imágenes populares y costumbristas. Siempre aseveró que decía lo que decía y el doble sentido lo ponían quienes escuchaban.

Sin abandonar nunca su natal Holguín, desde 1938 adoptó el nombre artístico de El Guayabero y adquirió dimensión artística



El Guayabero

nacional con temas ya clásicos como *Cuida' o con el perro*, *Cómo baila Marieta*, *Cómo vengo este año*, *El tren de la vida*, *En Guayabero*, *La yuca de Casimiro*, *Mañana me voy a Sibanicú*, *Mi son retozón*... Así logró la síntesis perfecta entre la tradición sonera trovadoresca y la rima típica del folklor campesino. Su longevidad artística concluyó el 27 de marzo de 2007, luego de haber merecido varios premios y condecoraciones, pero sobre todo el cariño y la admiración del pueblo cubano.

A pesar de lo avanzado que está el año 2011, las autoridades culturales parecen no estar dispuestas a rendir tributo y honores a estos grandes de la cultura nacional. La revista *ISLAS* ofrece espacio para recoger el sentir de quienes admiran a Arsenio, Bola y El Guayabero y rendir así, de manera sencilla, honor a quien honor merece.